

CARTA A UN ARQUI TECTO

El diario ABC, de Madrid, ha publicado una "Carta a un arquitecto", escrita por Alfonso de la Serna. Carta sumamente cordial y oportuna a la que, en las mismas páginas de ABC, han contestado el Decano del Colegio de Arquitectos de Madrid, Antonio Vallejo, y el profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid, Antonio Camuñas.

Queremos dejar constancia de este escrito en las páginas de ARQUITECTURA con nuestro agradecimiento a Alfonso de la Serna y al diario ABC. Le contesta el secretario de Redacción de la Revista, Francisco de Inza.

La familia De la Serna siempre ha demostrado un especial interés por la arquitectura. Una de las Sesiones de Crítica de Arquitectura, que organizaba hace años esta Revista, tuvo como ponente al ilustre periodista Víctor de la Serna, padre de Alfonso. En ella (publicada en el número 120 del mes de diciembre de 1951) puede el lector deleitarse con los afinados juicios y observaciones que, sobre nuestra profesión, emitió—como él se llamó—un hombre de la calle.

Señor arquitecto: Le escribo con la poca esperanza que me queda; es decir, casi desesperado. Usted me dirá que por qué me pongo tan trágico, pero la verdad es que he comprobado que muchos simples ciudadanos como yo—gente sin autoridad especial en la materia, pero con indiscutible derecho a opinar sobre ella, pues afecta directamente a su vida cotidiana—están consternados por el aire que llevan las cosas de la arquitectura en nuestro país. Ya sé que, para comenzar, me va a responder usted que "el problema de la arquitectura" es universal, y que ello se debe, en gran parte, a que el mundo, de repente, ha dado un gran estirón y ha habido que empezar a ensanchar ciudades y a fundar otras nuevas y a construir de prisa y corriendo, masivamente, para albergar a toda esa humanidad que antes no existía o que vivía como si no fuera tal, es decir, infrahumanamente. Ya sé también que la aparición de nuevas necesidades, nuevas técnicas, nuevos materiales, ha desencadenado una revolución que tiene en crisis a la arquitectura.

Ya sé todo eso, y, sin embargo, le escribo. Le escribo porque pienso que si no arregla usted las cosas, no las arregla nadie. Ya sabe: los particulares,

usuarios de las construcciones que usted levanta, entendemos poco; nos limitamos a sentirnos a gusto o a disgusto entre lo que usted hace. Los empresarios que impulsan económicamente su actividad ya saben algo más, pero con alguna frecuencia saben demasiado de economía, lo que es mala para el problema. Las autoridades pasan. Sólo usted queda, el arquitecto, no un arquitecto concreto, con nombre y apellidos—al que no me dirijo—, sino "el" arquitecto en abstracto, guardián de la Arquitectura, instalado en unos saberes que vienen de muy antiguo y que van creciendo, profundizándose hacia el futuro. Usted es lo permanente, la conciencia de la Arquitectura; usted puede contemplar el fenómeno con perspectiva. Eso es lo que le voy a pedir que haga.

Porque me parece que uno de los males que aquejan a la arquitectura de hoy es su inmediatismo, su falta de perspectiva en el espacio y en el tiempo. No le voy a poner muchos ejemplos de lo que este mal produce en España, ni aludir demasiado a los disparates estéticos o a las catástrofes urbanísticas que engendra. Usted lo sabe mejor que yo.

Yo sólo quisiera referirme a algo que creo que

es una de las claves del problema. Y es esto: la Arquitectura, en nuestro tiempo, ha dejado de ser, simplemente, una de las bellas artes, aunque fuera la primera de ellas. La Arquitectura es algo más, es uno de los quehaceres más nobles, complejos y vastos que le corresponden al hombre moderno. En su virtud, el arquitecto no puede ser ya únicamente un artista solitario, un individuo aislado. No puede limitarse a saber "hacer una casa", porque eso ya lo sabe cualquiera—usted me entiende esta aparente "boutade" irrespetuosa—. El arquitecto tiene que ser solidario con el paisaje que le rodea, con la climatología que le envuelve, con la historia que le antecede, con el futuro que le espera y, sobre todo, con el hombre a quien va destinada su obra. Ha de tener en cuenta—usted lo sabe—hasta la fisonomía de la ciudad y las características de la calle que pasa delante de su edificio.

El arquitecto no es un simple "técnico" de la edificación. El arquitecto, si no es algo sociólogo, algo economista, algo político, no es verdaderamente arquitecto. Ese es el gran desafío de nuestra época a todos ellos. Ignoro cuántos están capacitados para responder al reto, pero tengo la esperanza de que sean muchos.

Lo que se le pide hoy al arquitecto quizá sea demasiado: que se despoje de cualquier exceso de individualismo, que haga arquitectura para los hombres y no para los arquitectos, que resista seriamente, valerosamente, la inmensa ola de prisa, de codicia económica, de mal gusto, de atolondramiento, que invade nuestra sociedad. Que ponga, en definitiva, orden en este gran desbarajuste que hoy padecemos. ¡Mucho es, pero es así!

Déjeme ponerle dos ejemplos pequeños, que no son nada al lado de los grandes esquemas de urbanización sobre los que tanto habría que hablar, pero que me parecen significativos: el ensanche de Amara, en San Sebastián, y la zona al Este de la avenida del Generalísimo, en Madrid. ¿No le parecen a usted dos buenas ocasiones perdidas? Estaba el terreno llano y vacío, como una gran hoja de papel blanco sobre el tablero. ¡Y qué pena lo que salió!

Pues esto es lo que nos puede suceder en todas las ciudades españolas. Si el arquitecto no se pone a reflexionar, no mete todo este enorme y optimista proceso del desarrollo español dentro de unos esquemas bien pensados y rigurosamente mantenidos, derivaremos hacia la pura barbarie urbanística, hasta dar de narices como se está dando nuestra ciudad de Madrid.

Ya la ve usted: con problemas de suministro de agua, sin transportes suficientes, sin pavimento, sin escuelas, sin teléfonos, sin estacionamiento de automóviles, sin jardines, sin bastantes vías de circulación, sin espacio, en fin, congestionándose cada vez más y haciéndose cada día más incómoda, hostil, inhumana y malhumorada; siendo el quebradero de

cabeza de nuestro alcalde y convirtiéndose no en un problema local, sino en una cuestión nacional. Y todo ello porque los habitantes de Madrid—no digo los arquitectos—nos hemos limitado a "hacer casas", una tras otra, bloque tras bloque, bien al ras de la acera, para no perder ni un metro cuadrado, y bien en los cielos, para no perder ni un piso. Pero no hemos planeado, no hemos "visto" la ciudad del futuro, como un conjunto armónico, orgánico, a escala de hombre. Y si algunos han tenido esta visión han carecido de la fuerza para hacerla realidad. Muchas veces no hemos hecho más que "construcción", sin ver más allá de la fachada de enfrente, olvidando con frecuencia los problemas estéticos, económicos, sociales, de suministro, de tráfico y de toda índole que cada casa o cada bloque iban a crear.

No le escribo—repito—para reprocharle todo esto. Todos somos culpables del desorden. Probablemente haya sido usted involuntariamente desbordado, más de una vez, por realidades y presiones ajenas a la arquitectura. Ocurre en todo el mundo, ya lo sé. Pero a mí me preocupa España, naturalmente. Le escribo para pedirle que nos ayude a remediar la cosa, porque tal vez sea usted el único que pueda hacerlo. Le necesitamos para vigilar estos procesos, para prever y ordenar, para contener y canalizar. Después de todo es usted el que hace los proyectos de urbanización, el que puede decir mejor que nadie sí o no a las exigencias inconsideradas de los clientes, el que autoriza las obras de sus colegas, el que hace las obras mismas, el que ve, con el ojo experto de su saber, el pasado y el futuro.

El conde de Yebes, que "las caza al vuelo" también en materia de arquitectura, nos acaba de recordar en su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes, que antes el arquitecto de la Academia presidía y vigilaba, con un criterio riguroso y coherente, todo el proceso constructivo nacional, que hoy, en cambio, se desarrolla bajo múltiples y contradictorias motivaciones y controles, que han hecho perder, probablemente, al arquitecto su sentido y responsabilidad de vigilante supremo de la arquitectura. ¡Vuelva usted a serlo! Reivindique su puesto y pida el tiempo que todos le debemos conceder para pensar en el futuro. Sé también que hay necesidades humanas—las de habitación digna—que no pueden esperar demasiado, pero entre la legítima prisa... ¡unos minutos! Recupere enérgicamente su gloriosa tradición, la del arquitecto español, autor, nada menos, de la urbanización de media América.

¿Ve cómo le necesitamos? Por eso acudo a usted, ilustre y admirado arquitecto, con la poca, la última esperanza que me queda.

Suyo afectísimo,

Alfonso de la Serna.